

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, JULIO 1º DE 1871.

{ NUM. 5.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL BAILE FRUSTRADO.

Pablo y Virginia, hijos de M. des Arcis, que ocupaba un distinguido lugar entre los notarios de París, se hallaban más unidos todavía por el vínculo de una tierna amistad que por el de su sangre. No podían dejarse uno á otro, y tenían los mismos gustos é inclinaciones. Por donde quiera se encontraba uno con el hermano y la hermana, unas veces acompañados de sus padres, y otras de una persona le confiaba que nunca los perdía de vista. Entre las diferentes habilidades de que estaban dotados, el baile era el ejercicio á que se entregaban con mayor frecuencia. Como diariamente estaban ensayando los pasos más lucidos, y posturas más agradables, todas las gentes se mostraban ansiosas de verlos bailar un paso de dos en aquellas concurrencias á que estaban convidados. Se robaban con particularidad la admiración universal con una mudanza del baile de *Pablo y Virginia*, que ejecutaban con una expresión, gracia, y conjunto, que agregados á los nombres que llevaban, producían la ilusión más

perfecta; en una palabra, estos dos amables jóvenes expresaban, como fielmente experimentaban en sus pechos, aquella tierna y mutua afición que Bernardino de Saint-Pierre pinta tan bien en su novela de los criollos.

Un día que estaban convidados á un baile muy lucido de su propia calle, y precisamente en frente de su casa, se habían ensayado más que nunca en su paso de dos, y de nuevo se disponían á gozar del aplauso general. Pablo se había mandado hacer un vestido parecido al que se halla descrito en la novela; y Virginia había imitado igualmente el sencillo, pero galán traje del lindo personaje cuyo papel ella representaba. Se proponían entrar en el baile aparentando huir del agua, cubriendo sus dos bonitas cabezas con el guardapiés de Virginia. Habían ensayado mil veces esta feliz postura según una de las láminas del libro que habían leído juntos tantas veces y que casi le sabían de memoria: finalmente, estaban hechos todos los preparativos para producir la más amable sorpresa, y dar pruebas de gracia y talento, igualmente que de buen gusto é instrucción.

Pero la suerte, que á menudo se complace en desconcertar los planes más bien concebidos, quiso que en aquel mismo día muriese de repente un pariente de M. des Arcis, que vivía á corta distancia. Es-

te suceso, divulgado en todo el barrio, no permitió que Pablo y Virginia se presentasen por la noche en el lucido baile á que habían sido convidados. Hay ciertos estilos que por decoro no pueden quebrantarse sin ofender la opinión pública; y aunque el anciano pariente de M. des Arcis no tenía derecho ninguno al particular apego de este, ni aun á su aprecio, bastaba que fuese de su familia para que con él se guardasen los usos que el bien parecer tiene introducidos.

La privación del baile apesadumbraba más á Virginia que á Pablo: ¡le caía tan bien el traje criollo! ¡estaba tan graciosa con el simple pañuelito encarnado de Madras que había de adornar su cabeza! No le era posible ocultar su pesar, del que daba indicios á cada momento. Pablo, por el contrario, había tomado su partido; propuso á su hermana que pidiese licencia á su padre para ir á tener una merienda á una casa suya que estaba junto á una de las puertas de París, á fin de resarcirse en algo de la privación que les habían impuesto. Vino en ello M. des Arcis, alquiló un coche simon por todo el día, y los confió á un antiguo sirviente que los había visto nacer. Se divertieron en mil jueguecillos con muchos jóvenes del lugar en que se hallaba situada la casa; la merienda fué opípara; y el sol que

en aquel día lució con todo su esplendor, permitió dar un gran paseo por el soto de Vincenes, que no distaba mucho de la casa de M. des Arcis. Finalmente, después de haber dilatado en el estrado los gustos del día, se separaron unos de otros á las nueve de la noche, y el coche simon condujo á Pablo y á Virginia á su casa.

Al bajar del coche notaron las lamparillas que iluminaban la puerta de la casa del baile, y oyeron resonar la orquesta y ruido de la danza. «Allí estaríamos ahora, dijo suspirando Virginia, sin ese viejo pariente tan avaro, que se ha dejado morir.—Diría uno que lo ha hecho adrede para privarnos del baile, añadió Pablo sonriéndose.—¡Qué bonita entrada hubiéramos hecho ambos!—¡Qué gracioso hubiéramos estado bajo tu bonito guardapiés verde!—No hay que pensar ya en ello, hermano mio.—Se quedará para otra vez, hermana; no siempre habrá un primo viejo que se deje morir para hacernos penar.» Al estar acabando estas palabras, echaron de ver junto á la puerta á un pobre mendigo, cuyo rostro se encubría con un disforme sombrero gacho, y estaba estenuado de miseria al parecer. Se llegó á pedirles limosna con acento tan natural y penetrante, que Pablo, conmovido de piedad, dijo á su hermana: «¡Mira qué contraste! se divierten allá arriba, bailan, y son felices, mientras que á la puerta está la vejez abrumada de frío, hambre, y miseria.—¡Cuánta pena me causa ese infeliz pordiosero! añadió Virginia.—Ahora bien, hermana; me ocurre un pensamiento que podrá resarcirnos completamente del baile que se nos ha frustrado: computemos lo que nos hubiera costado presentarnos en él, é invirtamos este dinero en aliviar y vestir á ese pobre anciano.—Con mucho gusto, respondió Virginia. Para completar nuestro disfraz hubiéramos necesitado ambos de un calzado pulido, y de un par de guantes blancos; tú, Pablo, de una almilla á lo criollo, y yo de un pequeño delantal de musolina de Indias: todo lo cual nos hubiera costado lo menos..... cuarenta pesetas. Pues bien, démoslas á ese pobre; cuyo humilde acento nos ha conmovido tanto; podrá emplear esta cantidad en vestirse y remediar su miseria, y nuestro dinero, al auxilio de esta traza, nos habrá hecho gozar siempre de un momento feliz.—Precisamente, añadió Pablo, traigo conmigo la pieza de cuarenta pesetas que nuestro padre nos dió ayer para nuestros gastos del mes; dásele tú misma al mendigo, al que le será mas grato todavía la dádiva recibida de tu mano.» Virginia, á estas palabras, dió la pieza de oro al anciano, quien por toda respuesta cogió la mano de la doncella, y la apretó tan fuertemente, que espantó á Virginia; pero al punto, no viendo en este movimiento involuntario mas que la manifestación de su gratitud, quedó sosegada, y exhortó al anciano á buscar algún abrigo en que pudiese tomar un sustento saludable, y especialmente refocillarse bien. Satisfechos ambos hermanos de esta buena acción, sobre la que recomendaron el mayor sigilo al sugeto que los acompañaba, entraron en su casa, en la que solo hallaron á su madre, pues M. des Arcis se había ausentado toda la noche para evacuar un negocio de la mas alta importancia.

De allí á unos días, desayunándose Pablo y Virginia con sus padres, repitieron su pesar de haberse frustrado aquel baile, que segun voces hubo de ser tan lucido como selecto en punto á concurrentes. Anuncióles M. des Arcis que no tocándoles mas que en tercer grado de parentesco el anciano primo que les habia ocasionado esta privación, se proponía, pasados los primeros quince días de duelo, resarcirlos de la fiesta de que habian carecido, con darles en casa un baile de máscara, en que podrían bailar su paso de dos, y presentarse con los trajes hechiceros de que tan justamente se hallaban pesarosos. Esta noticia colmó de gozo á los dos hermanos. Pusiéronse á ensayar mas que nunca el lance que querian representar; pidieron prestadas á su madre cuarenta pesetas, para suplir la pieza de oro que habian dado al pordiosero, y de que tenían necesidad para completar su lucida máscara. Este día tan deseado llegó en fin; y era precisamente uno de los de carnestolendas. La concurrencia fué

numerosa. Madama des Arcis fué la única que no se disfrazó, para poder recibir á las gentes.

Luego que se hallaron reunidos todos los concurrentes, se presentaron Pablo y Virginia en aquel traje que tanto tiempo hacia tenían preparado. Su entrada, que pintaba tan al vivo la que Bernardino de Saint-Pierre describe con tanto encanto, surtió todo el efecto que ambos se habian prometido. Su paso de dos acabó de colmar la ilusión; nunca se habian dejado ver tanta gracia y agilidad.

En el momento que los hermanos, casi jadeando, iban á descansar, experimentaron sucesivamente la mas agradable sorpresa al ver entrar en el baile una máscara, que con el traje del viejo negro abrumado de fatiga, como se pinta en la novela, se les arrimó, dirigióles las mas tiernas palabras, y las mas rendidas gracias por el generoso socorro que le habian acordado. «¿Qué quieres decir, buen negro? le respondió Pablo; ignoro, así como mi hermana, qué socorro..... —¡Ah! yo nunca perder memoria del beneficio, replicó la máscara tomando una mano de la bonita criolla, y aplicandola á sus labios.... —Esplícate, pues, añadió Virginia: tiene razon Pablo, nada hemos hecho ni él ni yo; te equivocas sin duda ninguna.—¡Ah! tener yo buena vista, replicó la máscara; ambos la otra noche haberme encontrado muerto de frío y hambre; yo pedir la limosna; y vdes. al punto dar al pobre viejo una pieza de oro, y querer que él guardar siempre.....» Al acabar estas palabras, sacó en efecto el desconocido de su faja una pieza de cuarenta pesetas, que él besaba y contemplaba todo arrobado. Sorprendidos Pablo y Virginia se miraron al principio uno á otro sin poder articular una palabra; y después, tomando repentinamente en sus brazos al viejo negro, quisieron reconocerle. En balde lo resistió el desconocido; y su conmoción le impidió continuar ocultando su voz. Pablo y Virginia reconocieron á su padre, que quitándose la máscara, y apretando contra el pecho á sus dos hijos, les confesó que habia querido probar si realmente tenían los afectos de los dos famosos personajes que representaban, y que él era el que en traje de pordiosero se les habia llegado al bajar del coche.

Informados por M. des Arcis todos los circunstancias de cuanto habia pasado, celebraron la prueba del padre y la generosidad de sus hijos. Todos dejaron sus máscaras, y se apresuraron á hacer mil halagos á ambos hermanos, que locos de contento repetían: «¡Ah! ¡cuán bien resarcidos estamos del baile frustrado!»

EDUCACION POPULAR

POR DON PEDRO G. ORTIZ.

CAPITULO IV.

DE LA EDUCACION COMO FUENTE DE RIQUEZA PUBLICA.

“Todo conspira á probarnos que la educación no solo reforma la moral y multiplica el poder intelectual, sino tambien que es el más fecundo creador de la riqueza material. Por tanto, ella tiene un derecho no solo para ser incluida en el gran inventario de los recursos de una nación, sino aun para ser colocada á la cabeza de él. No solo es el mas honroso y propio, sino el mas seguro, de los medios de acumular riquezas.”—MANN Reports.

La cuestión sobre la influencia de la educación en la multiplicación y perfección del trabajo, ha sido aclarada en estos últimos tiempos por ensayos y datos copiosos, que ponen fuera de toda duda su evidencia. No menos tal vez de una veintena de elegantes y populares escritores, le han consagrado sus mejores y mas bri-

llantes esfuerzos en los Estados-Unidos é Inglaterra. Los trabajos del infatigable Mann, citado á la cabeza de este capítulo, han generalizado aquí este principio, á punto que ha llegado á ser un axioma popular, mientras que los opúsculos y lecturas del célebre Combe en Inglaterra, han causado una revolución del otro lado del Atlántico; aunque sus tareas se han ido á estrellar contra el espíritu de secta y las disensiones religiosas, que hacen la plaga de estos países. Ciertamente es, de todos modos, que estos escritos han llamado la atención y despertado la opinión pública en todos los pueblos manufactureros; y aun el gobierno de Rusia comenzó á trabajar con este motivo, organizando y mejorando sus escuelas. Los principios están en esta ocasión en perfecta armonía con la práctica y los resultados, para dar testimonio de las ventajas de la educación en el desarrollo de la riqueza industrial, y el mejoramiento moral de las masas.

La manera como Mr. Combe explica esta relación entre la inteligencia y el trabajo, nos parece tan interesante, que vamos á copiar aquí un pasaje entero de uno de sus varios folletos: * «La importancia, dice, de difundir la instrucción es evidente; pero la necesidad de la educación es menos comprendida. Se deriva ésta de la dependencia que hay entre el alma y sus facultades activas, y la organización física del hombre. El cerebro es el instrumento material que ejecuta los actos del espíritu, y consiste en una variedad de partes, cada una de las cuales está ligada con una facultad especial del alma. El está sujeto á las mismas leyes orgánicas que las demás partes del cuerpo. Si encerráramos en una prisión á un hombre, durante los primeros veinte años de su vida, teniéndolo sin ejercicio ni ocupación alguna, halláramos que, al tiempo de sacarlo á luz y á la actividad del mundo, no podría ver distintamente ni juzgar de los objetos por sus sonidos; no sería capaz de andar por sí solo, ni de mover sus brazos y manos. La causa de esta incapacidad proviene de la circunstancia de haberse dejado débil y sin desarrollo su estructura orgánica por falta de ejercicio; y de que sus varios sentidos y músculos (aunque distintos entre sí, están todos formados para cooperar y contribuir al fin deseado) no han sido acostumbrados á obrar en combinación. De aquí es que este individuo se encontraría embarazado é infeliz al ser introducido por primera vez á la vida activa.

«El campesino que no haya recibido

* Remarks on National Education.

educacion ni instruccion alguna, viene á estar en las mismas circunstancias, respecto á sus órganos mentales. No solo es ignorante, sino que sus facultades intelectuales están adormecidas, y son débiles é incapaces de una accion continuada; y no puede, por tanto, pensar coordinadamente sobre una materia, ni obrar con perseverancia. Podemos darle instruccion, mas ésta no penetrará su cerebro inactivo, porque no reproduce el pensamiento ni la accion. Yo he tenido á veces sirvientes que no sabian leer ni escribir, y la diferencia entre ellos era patente á primera vista. Los oidos oyen y los ojos ven, y la inteligencia parece comprender; mas pronto descubrí que esta comprension era imperfecta é inexacta, y que la retencion era momentánea, y la capacidad retentiva, de combinacion y modificacion casi *nula*. He conversado posteriormente con un ingeniero maquinista, que emplea unos 120 obreros, y me dijo que habia recibido, repetidas veces, en sus talleres personas sin instruccion ni educacion, con la mira de enseñarles algunas tareas sencillas en el oficio; pero observó luego que la leccion de ayer no la recordaban hoy y que nunca se les ocurría una indicacion propia, aunque las circunstancias la estaban patentizando á cualquiera inteligencia medio cultivada. En consecuencia de esto, su trabajo era de muy poco ó ningun valor en esta clase de industria. Sus músculos habian sido acostumbrados á obrar casi sin la direccion del cerebro; y fuera de aquellos trabajos, que podian ejecutar independientemente de la inteligencia, sus servicios eran casi inútiles.»

Ante el Parlamento inglés se han presentado, en diversas ocasiones, una gran masa de documentos, que comprueban del modo mas evidente las precedentes observaciones, en cuanto á sus resultados al menos. Temiendo que el valor de estos datos puede ser atenuado con simples y descarnados números, vamos á hacer algunos extractos del testimonio aducido ante una Comision de aquel cuerpo, encargada de examinar los efectos de las leyes sobre el pauperismo.

Interrogado el señor A. G. Escher, un distinguido fabricante é ingeniero mecánico de Zurich, cuál era el efecto de la educacion en el trabajo de los obreros de diversas naciones á su cargo, se espresó en estos términos: «La falta de educacion se percibe notablemente en los italianos, los cuales, aunque con la ventaja de una mejor capacidad natural que el inglés, el suizo, el holandés y el alemán, son con todo los peores operarios. No obstante que comprenden con facilidad y prontitud cual-

quiera proposicion sencilla que se les explique, y pueden ejecutar inmediatamente cualquiera obra que han visto hacer antes, sin embargo, su entendimiento, á lo que me imagino, por falta de aquel desarrollo y disciplina de la escuela, no parece tener nocion alguna de lógica, ni la facultad de discurrir sistemáticamente, ni su memoria la capacidad de recordar una série de observaciones, y de sacar útiles deducciones de ellas. Este defecto en su educacion mental, se refleja del todo en sus operaciones manuales. Un italiano desempañará por sí solo con mucha destreza una labor sencilla; pero póngase un número de ellos á hacer alguna cosa, y todo es entonces confusion. Por ejemplo: al poco tiempo de haberse establecido en Nápoles los telares para tejer algodón, el operario napolitano tal vez produciría tanto como el mejor trabajador inglés; y con todo, hasta el dia de hoy, ninguno de ellos se ha hecho competente para tomar la direccion de un solo taller, y los maestros mayores son todos personas del Norte, que aunque menos dotadas por la naturaleza, poseian un grado mas de cultura y disciplina mental, á causa de la educacion que habian recibido.»

Preguntado de nuevo Mr. Escher por la misma Comision sobre si la educacion no haria descontentos é insubordinados á los trabajadores, rebajando así sus cualidades de obrero, respondió: «Mi propia experiencia y mis conversaciones con los mas eminentes mecánicos de diferentes partes de la Europa, me inducen á adoptar una conclusion enteramente distinta. En el estado actual de las fábricas, en que desempeña una parte tan principal la maquinaria y los instrumentos, y una muy subordinada el trabajo bruto (y ésta va constantemente disminuyendo), la superioridad intelectual, el método, el orden, la buena conducta y la puntualidad, cualidades todas promovidas por la educacion, viene á ser de la mas alta importancia. Creo que habrá ahora muy pocos fabricantes inteligentes, que no convengan en que los talleres provistos del mayor número de obreros educados é instruidos, son los que producen artefactos en mayor cantidad, de calidad mejor y de la manera menos dispendiosa.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DE LOS DEBERES PARA CON NOSOTROS MISMOS.

Si hemos nacido para amar y adorar á Dios, y para aspirar á mas altos destinos que los que nos ofrece esta vida precaria y calamitosa; si obedeciendo á los impulsos que recibimos de aquel Sér infinitamente sabio, origen primitivo de todos los gran-

des sentimientos, nos debemos tambien á nuestros semejantes y en especial á nuestros padres, á nuestra familia y á nuestra patria; y si tan graves é imprescindibles son las funciones que nuestro corazon y nuestro espíritu tienen que ejercer para corresponder dignamente á las miras del Criador, es una consecuencia necesaria y evidente que nos encontramos constituidos en el deber de instruirnos, de conservarnos y de moderar nuestras pasiones.

La importancia de estos deberes está implícitamente reconocida en el simple reconocimiento de los demas deberes, los cuales nos seria imposible cumplir, si la luz del entendimiento no nos guiase en todas nuestras operaciones, si no cuidásemos de nuestra salud y nos fuese lícito aniquilar nuestra existencia, y si no trabajásemos constantemente en precavernos de la ira, de la venganza, de la ingratitude, y de todos los demas movimientos irregulares á que desgraciadamente está sujeto el corazon humano.

¿Cómo podríamos concebir la grandeza de Dios, sin detenernos con una mirada inteligente á contemplar la magnificencia de sus obras, y á admirar en el espectáculo de la naturaleza todos los portentos y maravillas que se ocultan á la ignorancia? Sin ilustrar nuestro entendimiento, sin adquirir por lo menos aquellas nociones generales que son la base de todos los conocimientos, y la antorcha que nos ilumina en el sendero de la perfeccion moral, ¿cuán confusas y oscuras no serian nuestras ideas acerca de nuestras relaciones con la Divinidad, de los verdaderos caracteres de la virtud y del vicio, de la estructura y fundamento de las sociedades humanas, y de los medios de felicidad con que la Providencia ha favorecido en este mundo á sus criaturas? El hombre ignorante es un sér esencialmente limitado en todo lo que mira á las funciones de la vida exterior, y completamente nulo para los goces del alma, cuando replegada esta sobre sí misma y á solas con las inspiraciones de la ciencia, medita, reflexiona, rectifica sus ideas, y abandonando el error, causa eficiente de todo mal, entra en posesion de la verdad, que es el principio de todo bien.

La mayor parte de las desgracias que afligen á la humanidad, tienen su origen en la ignorancia; y pocas veces llega un hombre al extremo de la perversidad, sin que en sus primeros pasos, ó en el progreso del vicio, haya sido guiado por ideas erróneas, por principios falsos, ó por el desconocimiento absoluto de sus deberes religiosos y sociales. Grande seria nuestro asombro, y crecería desde luego en nosotros el deseo de ilustrarnos, si nos fuese dable averiguar por algun medio, cuántos de esos infelices que han perecido en los patibulos, hubieran podido llegar á ser, mejor instruidos, hombres virtuosos y ciudadanos útiles á su patria! La estadística criminal podría con mayor razon llamarse entonces la estadística de la ignorancia; y vendríamos á reconocer que el hombre, la obra mas querida del Criador, no ha recibido por cierto una organizacion tan depravada como aparece de los desórdenes á que de continuo se entrega, y de las perturbaciones y estragos que estos desórdenes causan en las familias, en las naciones y en el mundo entero.

La ignorancia corrompe con su hálito impuro todas las fuentes de la virtud, todos los sentimientos del corazon, y convierte muchas veces en daño del individuo y de la sociedad, las mas bellas disposiciones naturales. Apartándonos del conocimiento de lo verdadero y de lo bueno, y gastando en nosotros todos los resortes del sistema sensible, nos entrega á los torpes impulsos de la vida material, que es la vida de los errores, de la degradacion y de los crímenes. Por el contrario, la ilustracion no solo aprovecha todas las buenas dotes con que hemos nacido, y nos encamina al bien y á la felicidad, sino que iluminando nuestro espíritu, mostrándonos el crimen en toda su enormidad y la virtud en todo su esplendor, endereza nuestras malas inclinaciones, consume en su llama nuestros malos instintos; y conquista para Dios y para la sociedad muchos corazones que, formados en la oscuridad de la ignorancia, hubieran dado frutos de escándalo, de perdicion y de ignominia.

En cuanto al deber de la propia conservacion, la naturaleza misma nos indica hasta qué punto es importante cumplirlo, pues el dolor, que martiriza nuestra carne y enerva nuestras fuerzas, nos sale siempre al frente al menor de nuestros excesos y extravíos. La salud y la robustez del cuerpo son absolutamente indispensables para entregarnos en calma y con provecho, á todas las operaciones mentales que nos dan por resultado la instruccion en todos los ramos del saber humano; y sin salud y robustez, en medio de angustias y sufrimientos, tampoco nos es dado entregarnos á contemplar los atributos divinos, á rendir al Sér supremo los homenajes que le debemos, á corresponder á nuestros padres sus beneficios, á servir á nuestra familia y á nuestra patria, á prestar apoyo al menesteroso, á llenar, en fin, ninguno de los deberes que constituyen nuestra noble mision sobre la tierra.

A pesar de todas las contradicciones que experimentamos en este mundo, á pesar de todas las amarguras y sinsabores á que vivimos sujetos, la religion nos manda creer que la vida es un bien; y mal podríamos calificarla de otro modo, cuando ademas de ser el primero de los dones del cielo, á ella está siempre unido un sentimiento innato de felicidad, que nos hace ver en la muerte la mas grande de todas las desgracias. Y si los dones de los hombres, si los presentes de nuestros amigos, nos vienen siempre con una condicion implícita de aprecio y conservacion, que aceptamos gustosamente, ¿qué cuidados podrian ser excesivos en la conservacion de la vida, de esta vida que recibimos de la misma mano de Dios como el mayor de sus beneficios? Ya se deja ver que el sentimiento de la conservacion obra generalmente por sí solo en el cumplimiento de este deber; pero las pasiones lo subyugan con frecuencia, y cerrando nosotros los ojos al siniestro aspecto de la muerte, divisada siempre á lo lejos en medio de las ilusiones que nacen de nuestros extravíos, comprometemos estérilmente nuestra salud y nuestra existencia, obrando así contra todos los principios morales y sociales, y contra todos los deberes para cuyo cumplimiento estamos en la necesidad imperiosa de conservarnos. La salud del cuerpo sirve tambien de base á la salud del alma; y es un impto el que se entrega á los placeres inhonestos que le quebrantan y destruyen, ó á los peligros de que no ha de derivar ningun provecho para la gloria de Dios ni para el bien de sus semejantes.

En cuanto á los desgraciados que atentan contra su vida tan solo con el fin de abandonarla, son excepciones monstruosas, hijas de la ignorancia y de la mas espantosa depravacion de las costumbres. El hombre que huye de la vida por sustraerse á los rigores del infortunio, es el último y el mas degradado de todos los seres: estraño á las mas heróicas virtudes, y por consiguiente al valor y á la resignacion cristiana, tan solo consigue horrorizar á la humanidad y cambiar los sufrimientos del mundo, que dan honor y gloria y abren las puertas de la bienaventuranza, por los sufrimientos eternos que infaliblemente prepara la justicia divina, á los que así desprecian los bienes de la Providencia, sus leyes sacrosantas, sus bondadosas promesas de una vida futura, y su emplazamiento para ante aquel tribunal supremo, cuyos decretos han de cumplirse en toda la inmensidad de los siglos. Entre las piadosas creencias populares, hijas de la caridad, aparece la de que ningun hombre puede ocurrir al suicidio en la plena posesion de sus facultades intelectuales; y á la verdad, nada debe sernos mas grato que el suponer que esos desgraciados no han podido medir toda la enormidad de su crimen, y el esperar que Dios haya mirado con ojos de misericordia y clemencia el hecho horrendo con que han escandalizado á los mortales. Sin embargo, rara será la vez en que él haya tenido otro origen que el total abandono de las creencias y de los deberes religiosos.

Réstanos recomendar por conclusion el tercer deber que hemos apuntado: el de moderar nuestras pasiones. Escusado es sin duda detenernos ya á pintar con todos sus colores, las desgracias y calamidades á que habrán de conducirnos nuestros malos instintos, si no tenemos la fuerza bastante para re-

primirlos, cuando, como hemos visto, ellos pueden arrastrarnos aun al mas horroroso de los crímenes, que es el suicidio. En vista de lo que es necesario hacer para agradar á Dios, para ser buenos hijos y buenos ciudadanos, y para cultivar el hermoso campo de la caridad cristiana, natural es convenir que debemos emplear nuestra existencia entera en la noble tarea de dulcificar nuestro carácter, y en la de fundar en nuestro corazon el suave imperio de la continencia, de la mansedumbre, de la paciencia, de la tolerancia, de la resignacion cristiana y de la generosa beneficencia.

La posesion de los principios religiosos y sociales, y el reconocimiento y la práctica de los deberes que de ellos se desprenden, serán siempre la ancha base de todas las virtudes y de las buenas costumbres; pero pensemos que en las contradicciones de la suerte y en las flaquezas de los hombres, encontraremos á cada paso el escollo de nuestras mejores disposiciones, y que sin vivir armados contra los arranques de la cólera, del orgullo y del odio, jamas podremos aspirar á la perfeccion moral. En las injusticias de los hombres, no veamos sino el reflejo de nuestras propias injusticias: en sus debilidades, el de nuestras propias debilidades, en sus miserias, el de nuestras propias miserias. Son hombres como nosotros; y nuestra tolerancia para con ellos será la medida no solo de la tolerancia que encontrarán nuestras propias faltas en este mundo, sino de mayores y mas sólidas recompensas que están ofrecidas á todos nuestros sufrimientos y sacrificios en el seno de la vida perdurable.

El hombre instruido conocerá á Dios, se conocerá á sí mismo, y conocerá á los demas hombres: el que cuide de su salud y de su existencia, vivirá para Dios, para sí mismo y para sus semejantes: el que refrene sus pasiones complacerá á Dios, labrará su propia tranquilidad y su propia dicha, y contribuirá á la tranquilidad y á la dicha de los demas. Hé aquí, pues, compendiados en estos tres deberes, todos los deberes y todas las virtudes: la gloria de Dios, y la felicidad de los hombres.

CONSEJOS DE LA AMISTAD.

LAS LEYES.

Podemos decir que queriendo contribuir eficazmente el Sér supremo á la felicidad de los hombres, destinados á vivir en sociedad, les ha concedido una regla invariable, que les enseña lo que se deben; una regla que por un prodigio inesplicable es para ellos á un mismo tiempo una ley igual y universal, una recompensa para el que la guarda, y un castigo para el que la viola. Los hombres hacen leyes que no tienen relacion alguna con los bienes ni con los males que los siguen. Ya esperamos un premio que no siempre llega, y ya nos sustraemos del castigo á que somos acreedores: solo Dios puede mandar, y al mismo tiempo recompensar ó castigar por la observancia ó trasgresion de lo que manda.

No podemos decir que esta recompensa ni este castigo sean ligeros. Todos los bienes del mundo no son comparables á una conciencia pura, y los remordimientos son un tormento que se añade al castigo del crimen. Es preciso avergonzarse de decir lo contrario. Si alguno lo piensa, debemos compadecerle por hallarse esceptuado de la regla general, sin la que es muy difícil que no se extravíe; debemos temerle, porque no conteniéndole esta ley interior, es capaz de las mayores maldades.

No puede haber seguridad en materia alguna con el que no teme á su conciencia. Este está muy distante del hombre de bien de Platon y de Ciceron, que no hubieran cometido una accion mala, aunque hubiesen de ignorarla los mismos dioses.

Es necesario desconfiar generalmente de todos aquellos á quienes cuesta mucho la virtud, ó que buscan un pretexto para no abrazarla, valiéndose de la ignorancia en que dicen estar de lo que es virtud, y de lo que no lo es.

La virtud reside en nuestros corazones; y nada que no sea ella, se la asemeja ni se la aproxima.

Podemos equivocarnos sobre la mayor parte de las cosas de la vida, porque no tenemos mas que unos vislumbres, unas apariencias de verdad; pero la virtud y el crimen, el bien y el mal, son cosas que distinguimos exactamente. ¿Qué sería de nosotros sin esta luz que jamas nos abandona? Los sabios no nos guian siempre; y si nos guiaran, ¿de dónde tomarian ellos, sino de su conciencia, los consejos que nos dieran, y que dá ella indistintamente á todos los que la aman lo bastante para consultarla?

Los que tanto disputan sobre el bien y sobre el mal, no están muy lejos de cometer este: solo procuran debilitar la fuerza de esa voz que les grita incessantemente: *Haz bien, evita el mal.*

No sucede con estas leyes primitivas lo que con las que reglan los derechos de los particulares, y de las que han formado varios cuerpos algunos hombres ilustrados. Para conocer éstas es necesario haber estudiado: solo se hallan escritas en los libros; los doctos las saben, y á ellos pertenece enseñarlas á los que las necesitan. Estas leyes son como la conciencia pública, á la que está obligada á conformarse la de los particulares.

Por mas reflexiones que hagamos sobre el origen y diversidad de las autoridades, siempre las debemos la sumision; nuestro interes y tranquilidad dependen de ello. La nacion mas sumisa es ordinariamente la mas feliz.

En todos los establecimientos humanos hay inconvenientes: el mayor de todos es querer librarse de la autoridad. La sumision es superior con muchas ventajas á esta pretendida libertad, que en ninguna parte existe, y que si existiese, sería mas peligrosa para la multitud, que la esclavitud misma.

(Continuará.)

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Hay algo de dulce y noble en el alma del hombre, aquel don de los dioses,—sí, algo de divino.

Cuando llegue aquel dia en que las cosas humanas deberán separarse de las divinas, dejaré mi cuerpo donde lo encontré, y volveré mi alma hácia la Divinidad.

Solo una pesada carga terrenal detiene mi vuelo hácia en medio de las estrellas.

Pero mi residencia durante este mortal periodo, no es mas que una imágen de mejor y mas larga vida.

Así como por meses estamos guardados en el seno de nuestra madre y preparados para el puesto que debemos ocupar, así en algun modo, durante el periodo de la juventud á la vejez, estamos preparándonos para otro nacimiento.

La hora de la muerte es la última hora, solo para el cuerpo.

Considerad todo lo que aquí os rodea, solo como el bagaje en una posada.

La transicion debe ser aventurada; la naturaleza os compele, así á la entrada al mundo como á la salida de él. La Divinidad tambien se halla al rededor de nosotros, está con nosotros, está en nosotros.—SÉNECA.

El hombre se distingue de las demas criaturas, especialmente por esto, porque los deseos y las acciones de estas, solo dependen de las momentáneas impresiones de sus sentidos; mientras que el hombre, dirigido por la razon, busca la causa y consecuencia de las cosas, sienta un plan fijo para arreglarse á vivir por él.

Ademas solo el hombre posee el don de la palabra como un medio de comunicar sus pensamientos.

Todavía mas: solo él posee el deseo de conocimientos ó sea el impulso de conocer la verdad, juntamente con los medios de satisfacer este deseo.

Ultimamente,—la mas grande distincion de la naturaleza,—solo el hombre es sensible al orden, á la decencia y á la propiedad.—CICERON.